

FEIJOO Y EL LULISMO

El P. Benito Jerónimo Feijoo es considerado como «uno de los más violentos adversarios del lulismo». ¹ Se le ha llamado «detractor de Ramón Llull», ² «adaldid» de la «cruzada» del siglo XVIII contra su doctrina, ³ «contradictor infatigable e incorregible de los lulianos». ⁴ Todos hemos leído alguna vez las líneas del joven e impetuoso Menéndez Pelayo de los *Heterodoxos* que tanto han contribuido a mantener la fama del P. Feijoo ligero y tenaz antilulista:

«Confieso que nunca he podido leer sin indignación lo que escribió de Raimundo Lulio. Juzgar y despreciar a tan gran filósofo sin conocerle, ¿qué digo?, sin haberle tomado nunca en las manos, es uno de los rasgos más memorables de ligereza que pueden hallarse en el siglo XVIII. Si Feijoo hubiera escrito así siempre, bien le cuadraría el epíteto de *Voltaire español*, no por lo impío, sino por lo superficial y vano. Ni siquiera después que recia y sesudamente le impugnaron los padres Tronchón y Torreblanca, Pascual y Fornés, se le ocurrió pasar los ojos por las obras de Lulio, que de cierto no faltarían (a lo menos algunas) en la biblioteca de su convento. Dijo que no gustaba de *malbaratar el tiempo*, y que se daba por satisfecho con haber visto una *idea* del sistema de Lulio en el *Syntagma* de Gassendi, donde apenas ocupa dos páginas. Así escribía el P. Feijoo cuando escribía a la francesa». ⁵

1 E. LONGPRÉ, *Lulle Raymond*, en *Dictionnaire de théologie catholique*, t. 9, col. 1138.

2 E. ROGENT-E. DURAN, *Bibliografía de las impresiones lulianas*, Barcelona, 1927, p. 316.

3 J. AVINYÓ, *Història del lulisme*, s. l., 1925, p. 641.

4 Francisco de Paula CANALEJAS, citado por S. BOVÉ, *El sistema científico luliano*, Barcelona, 1908, p. 175.

5 *Historia de los heterodoxos españoles*, t. 3, Madrid, 1881, p. 71.

De las páginas que siguen deducirá el lector hasta qué punto son fundados los precedentes asertos. Aunque, claro es, no voy a hacer aquí una apología de Feijoo. Tampoco pretendo narrar la historia de las controversias lulianas originadas y mantenidas por el célebre benedictino gallego, historia ya trazada en sus líneas generales⁶ y cuyo examen detallado resultaría muy largo y fatigoso. El presente estudio es tan sólo un esfuerzo sincero por comprender el antilulismo feijoniano, determinar en lo posible sus causas y delimitar su extensión.

Procediendo por orden cronológico, lo primero que debemos admitir, por poco que conozcamos al benedictino gallego, es que nada —ni el hábito monástico que vestía, ni su contextura mental, ni una adhesión obligatoria e irrevocable a determinado sistema filosófico-teológico—, absolutamente nada predisponía a Feijoo contra las doctrinas lulianas. Espíritu extremadamente curioso y abierto a todos los vientos, «ciudadano libre de la república literaria, ni esclavo de Aristóteles, ni aliado de sus enemigos»,⁷ podemos estar ciertos de que, si debía declararse por o contra el lulismo, se decidiría por propia determinación, por íntimo convencimiento, y de ningún modo dejándose arrastrar por movimientos gregarios de cuerpo o de escuela.

Me parece indubitable que lo que le movió a interesarse por el Arte luliana fue su deseo de renovar los métodos pedagógicos y científicos entonces corrientes. Nuestras noticias para el período anterior a la polémica se reducen a este solo dato: consta que ya en 1733 deseaba adquirir «el Arte de Raimundo Lulio». ⁸ Pero es ésta una noticia

6 T. y J. CARRERAS Y ARTAU, *Feijoo y las polémicas lulianas en el siglo XVIII*, Madrid, 1935. Comunicación leída en el XIV Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, celebrado en Santiago de Compostela el año 1934 (6 páginas). Los autores han incluido este trabajo, anotándolo convenientemente, en su *Historia de la filosofía española. Filosofía cristiana de los siglos XIII al XV*, t. 2, Madrid, 1943, p. 371-376.

7 FEIJOO, *Teatro crítico*, t. 7, discurso 13, n.º 35.

8 En 9 de enero de 1733 escribía Feijoo, desde Oviedo, al P. Martín Sarmiento, residente en Madrid: "Digo que V. Md. me compre [...] el Arte de Raimundo Lulio si se hallase, que lo dificulto". Citado por G. MARAÑÓN, *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*, Madrid, 1934, p. 141, nota 2. Es, por tanto, inexacta la frase de CARRERAS Y ARTAU (*Historia...*, t. 2, p. 374): "Sólo cuando la polémica tocaba a su fin, a Feijoo le dió la corazonada de enfrentarse con las obras de Lull". En realidad, como se ve, esta "corazonada" es anterior a la polémica. Más infeliz todavía es lo que escribe Menéndez Pelayo en el párrafo citado al principio de este estudio.

preciosa, ya que pone en evidencia 1) que el asunto ya le ocupaba al menos unos diez años antes de pronunciarse sobre él —por tanto, no obró nuestro monje con la precipitación que se le atribuye— y 2) que, si no tuvo hasta muy tarde conocimiento directo de la obra de Llull —cosa que tantas veces le echaron en cara sus adversarios—, esto ocurrió a pesar suyo.

Con todo eso, creyó sinceramente el crítico benedictino poseer una idea justa acerca del Arte luliana «muchos años» antes de manifestarla en público,⁹ el año 1742, en su carta —tan dura— titulada *Sobre la Arte de Raimundo Lulio*.¹⁰ Feijoo está tan seguro de lo que dice, que no duda en formular su sentencia a modo de definición dogmática: «La *Arte Magna* de Lulio, sin perplegidad alguna, pronunció que es enteramente vana y de ninguna conducencia para el fin que su autor propone» (nº 2). Y añade que es «sumamente inferior a la lógica y metaphysica de Aristóteles» y que sólo se enseña públicamente en la isla de Mallorca, por motivos mas bien patrióticos que científicos, lo cual es prueba de su actual desprestigio (nº 4). En abono de su aserto —y no como fundamento de él, aunque así suela decirse—, cita Feijoo los juicios de «dos grandes críticos en materia de ciencias»: Francis Bacon,¹¹ su guía preferido en este terreno,¹² y el jesuíta René Rapin¹³ (nº 5). Al final de la carta leemos esta nota, que nos descubre su fuente de información: “porque entiendo que los escritos de Raimundo Lulio ya son muy raros” —recuerda aquí Feijoo evidentemente su vano intento de adquirirlos—, “advierdo que quien quiere enterarse de lo que es su *Arte Magna* hallará en Gasendo (tom. I. Philosoph. lib. I. de Logica, capit. 8.) una exacta análisis de ella”.¹⁴

9 Cf. *Iusta repulsa de iniquas acusaciones*, 2.^a impresión, Madrid, 1749, p. 8.

10 *Cartas eruditas*, t. 1, carta 22. Cf. ROGENT-DURAN, *o. c.*, n.º 320.

11 Para la postura de Francis Bacon respecto al Arte luliana, cf. CARRERAS Y ARTAU, *Historia...*, t. 2, p. 301-302.

12 Cf. MARAÑÓN, *o. c.*, p. 54-55.

13 Para el antilulismo de Rapin, cf. CARRERAS Y ARTAU, *Historia...*, t. 2, p. 303.

14 PETRI GASSENDI... *Opera omnia*, t. 1, Lyon, 1958, p. 56-59.

En las *Cartas eruditas*, t. 2, carta 13, n.º 70, defiende expresamente Feijoo que para impugnar “con conocimiento” el Arte de Llull “basta haber visto la idea o planta de ella en Pedro Gasendo y en Eusebio Amort”.

Para la posición de Gassendi respecto al lulismo, cf. CARRERAS Y ARTAU, *Historia...*, t. 2, p. 302-303,

Fue, a no dudarlo, una consulta que le hicieron, lo que motivó esta carta; ¹⁵ pero su publicación sólo pudo obedecer al ímpetu crítico del benedictino, a su “designio de impugnar errores comunes, sin restricción de materias”, ¹⁶ que, como se sabe, era el objeto de todas sus actividades de publicista. Y él mismo declarará más tarde que sola la “compasión” le movió a “la obra de misericordia de desengañar a los pobres que caen o pueden caer” en el “error” de querer aprender todas las ciencias mediante el estudio del Arte de Ramón Lull. ¹⁷

Como es natural, la carta de Feijoo produjo enorme conmoción entre los lulistas propiamente dichos y aun en círculos mucho más amplios. Porque el benedictino no se había limitado a declarar vana e inútil el Arte luliano: había escrito, además, que Ramón Lull, “por cualquier parte que se le mire, es un objeto bien problemático”, esto es, un personaje muy discutido; y, aunque en una especie de posdata advierta que lo dicho del *Arte Magna* “no obsta a que el autor merezca aplausos por otros capítulos”, en las cuestiones controvertidas no se pronuncia a favor de Lull, aunque tampoco en contra, limitándose a declarar que no es lícito tenerle por hereje, como pretenden algunos. ¹⁸

15 Feijoo recibía innumerables cartas, en las que se le consultaba toda suerte de cosas i tenía que dedicar días enteros al despacho de su correspondencia cf. MARAÑÓN, *o. c.*, p. 16-17). Por otra parte, nos consta —el mismo Feijoo nos lo dice (cf., por ejemplo, *Justa repulsa...*, p. 46)— que al menos algunas de sus *Cartas eruditas* eran respuestas a consultas que se le había hecho y que el creía interesante dar al público. Ahora bien, la carta 22 del tomo I es la última de una serie de tres en que contesta a un religioso sobre diferentes métodos de adquirir pronto y con el menor esfuerzo posible una suma considerable de ciencia. Nuestro benedictino defiende que para llegar a ser sabio no hay más que tomar “el camino carretero” del estudio constante y fatigoso, “sin recurrir a algún medio extraordinario para facilitar los progresos en las ciencias” (n.º 6).

16 *Teatro crítico*, t. 6, prólogo.

17 *Justa repulsa...*, p. 8: “Muchos años antes de escribir en este asunto me lastimaba de los que fundados en unas noticias vagas de que dicho Arte servía para instruir en todas las ciencias [...], perdían malamente el tiempo en mandar a la memoria aquel agregado de inútiles convinaciones, sucediéndoles lo mismo que a los investigadores de la piedra philosophal, cuyo trabajo se va todo en humo”. *Ibid.*, p. 8-9: “Esta compasión me movió a la obra de misericordia de desengañar a los pobres que caen o en adelante pueden caer en error tan nocivo, para que no malogren miserablemente el tiempo”.

18 Este apéndice a la carta 22, impreso en itálicas y sin numerar, probablemente lo añadió Feijoo por sugestión de algún amigo o amigos a quienes solía dar a leer sus escritos antes de publicarlos. Nos consta de otros casos semejantes. Pare-

Feijoo se hallaba en aquel entonces en el apogeo de su carrera literaria; sus obras eran leídas en toda España y aun en el extranjero; muchos le consideraban un oráculo. Era preciso contestar a su criterio. Los lulistas se aprestaron a combatirle, y sus réplicas no se hicieron esperar mucho tiempo.

Acaso los primeros en salir a la palestra¹⁹ fueron dos capuchinos de Valencia, los padres Marcos Tronchón y Rafael de Torreblanca. Se ha escrito que su *Apología de Lulio*²⁰ es una obra "improvisa-

ce evidente que el objeto de estas líneas no es otro que mitigar en lo posible la mala impresión que sin duda causarían en algunos espíritus las rotundas afirmaciones precedentes. Con todo, no es lícito dudar de su sinceridad. Lo que el benedictino impugna, en la utilidad del Arte luliano; nada más.

19 La obra de Feijoo suscitó una infinidad de escritos de controversia, que van de la hoja volante hasta las obras en varios tomos. Todas las bibliografías de este tema son incompletas, incluso la de A. MULLARES CARLO (en FEIJOO, *Teatro crítico universal*, t. 1, Madrid [Clásicos castellanos], 1923, p. 63-86), por otra parte muy útil, y la reciente y más técnica, pero harto imperfecta, de C. PELAZ FRANCIA, *Contribución al estudio bibliográfico de fray Benito Jerónimo Feijoo*, Méjico, 1953 (tesis policopiada). No pretendo señalar aquí cuanto se escribió en el decurso de esta contienda sobre el lulismo, sino que me limito, ciñéndome a mi tema, a dar noticia de las obras que tuvieron alguna influencia en el ánimo y en los escritos del monje benedictino. Señalo, con todo, como una de las primeras réplicas que suscitó su primera carta la *Monitio ad lectorem* que un autor anónimo colocó al frente del tomo I de *Opera parva* del beato Ramón Llull, Palma de Mallorca, 1744 (cf. ROGENT-DURAN, *o. c.*, n.º 325). Este escrito (23 páginas) está enteramente dedicado a impugnar a Feijoo "ab extrinseco", reservándose su autor los argumentos "ab intrinseco", es decir, tomados del Arte misma, para otra ocasión (p. 22-23). Su tono es comedido. Opone a las "autoridades" citadas por el crítico benedictino el caso que hicieron de la doctrina de Llull algunos reyes, especialmente Felipe II; trata, sobre todo, del culto antiquísimo y aprobado por la autoridad eclesiástica que se tributa al beato en la isla de Mallorca; sostiene que si un hombre tan santo ha asegurado repetidas veces que su Arte es fruto de una iluminación divina, debe reputarse temerario decir que el Arte no sirve para nada, sobre todo si afirma sin haber saboreado la doctrina luliana en su misma fuente; etc. El autor se extraña mucho de que Feijoo no se informara acerca del culto que se da a Ramón Llull en Mallorca, ya que esta isla no está muy lejos "et tunc praelatum haberet laudabilis memoriae Illustr. et Rever. D. D. Fr. Benedictum Pañellas, religiosa professione et amicitia sibi coniunctum" (p. 3-4).

20 El P. LUIS DE FLANDES publicó este escrito de sus hermanos de hábito al frente de *El antiguo académico contra el moderno scéptico o dudoso, rígido o moderado*, Madrid, 1742, 2 vols. El cuerpo principal de esta obra consiste en "la defensa de un sistema de filosofía natural, abigarrada mezcla de física pitagórica

da”,²¹ pero esto es decir muy poco: hase de añadir enseguida que constituye un alegato científicamente flojo, y sobre flojo, extremadamente inhábil. Importa subrayarlo, pues ello constituye, a lo que entiendo, la clave esencial para comprender la ulterior conducta del benedictino en todo este negocio. Repetidas veces reprenden los capuchinos a su adversario por su total ignorancia de lo que impugna, pero no muestran ellos mismos conocer mejor lo que defienden. En vez de ir al fondo del asunto y probar a Feijoo el error en que se halla y cuán imperfecta y desenfocada es la noticia que del Arte luliana se da en el *Syntagma philosophicum*, de Gassendi, se limitan a oponer a los dos autores aducidos una fastidiosa lista de doscientos favorables a Lull, listas que extractaron, con muy poca maña por cierto, del primer tomo de la edición maguntina de las obras del gran mallorquín.²² Ni se reducen a esto sus desaciertos. Llamam a Feijoo “escritor engañoso” y procuran comprometerle con ciertas suspicacias malévolas, como aquella frase que tanto ofendió al benedictino: “el Adonis del Padre Maestro, el herege Bacon de Verulamio” (n.º 56).

Tal modo de proceder revela un completo desconocimiento no sólo del talento, sino también del talante del célebre escritor. Debe leerse toda la carta *Sobre Raimundo Lulio*,²³ en que Feijoo les responde, para darse perfecta cuenta de su gran ventaja, bajo todos los aspectos, sobre sus contradictores. Su argumentación es, en general, acertada y convincente; su vigor y brío en la defensa y el ataque, sencillamente magníficos. Con gracia y nobleza responde a las pésimas insinuaciones de los capuchinos. “La expresión tiene *filis*” —escribe a propósito de la citada frase: “el Adonis del Padre Maestro, el herege de Bacon de Verulamio”—; “y aun por eso mismo es poco proporcionado a las barbas de aquel gran canciller de Inglaterra, que ciertamente no tenía cara de Adonis” (n.º 8). ¿Qué importa que Bacon fuera hereje

con la metafísica platónica y con ideas lulianas” (CARRERAS Y ARTAU, *Historia*, t. 2, p. 371). El P. Feijoo rebatió el “librejo” del P. Luis de Flandes en la carta 4 del tomo III de sus *Cartas eruditas*; pero en ella no trata especialmente de la cuestión luliana que nos ocupa.

21 CARRERAS Y ARTAU, *Historia...*, t. 2, p. 371.

22 Beati RAYMUNDI LULLI... *Opera*, t. 1, Maguncia, 1721, p. 1-51: *Testimonia virorum illustrium...*

23 *Cartas eruditas*, t. 2, Madrid, 1745, carta 13. Cf. ROGENT-DURAN, *o. s.*, n.º 333.

si no se le cita para cosa que ataña directa o indirectamente a la religión? “Sí, reverendísimos míos, he hablado siempre con aprecio de este autor herege y le elogiaré siempre que se ofrezca; pero conteniéndome siempre, como hasta ahora, dentro de los límites permitidos” (n.º 9). Feijoo siente el valor que la razón le comunica. “El nombre odioso de herege, quando tan fuera de propósito se toma por pretexto para hacer aborrecible la cita de algún autor que lo fue, es un coco de que artificiosamente usan algunos para amedrentar a los párvulos de la república literaria cuando la cita los “incomoda” (n.º 7). “Déxese, pues, a la gente ruda esa vulgar cantilena de despreciar cuanto hay en los hereges sólo porque lo son. Lo bueno se puede apreciar en cualquiera parte que esté” (n.º 13).¹⁴

Con elegante facilidad se aplica Feijoo a destruir el aparatoso castillo de autoridades levantado por los capuchinos (n.os 38-63). Unos porque no son autores, otros por parciales, otros porque no se refieren al Arte de Lull, otros porque resultan enteramente desconocidos y no se cita siquiera la obra en que se declaran por el sistema luliano, otros por otras causas que sería fastidioso enumerar, la gran mayoría de los personajes alegados es rechazada por la crítica, es cierto que no siempre impecable, pero en conjunto contundente, del beneditino gallego. Muchos de tales testigos, que los capuchinos dividen en lulistas de primera y segunda clase, son gente agitada por una pasión ciega (n.º 41), que tributan a su maestro los más exagerados e inadmisibles elogios, como prueba Feijoo, lleno de sincera indignación (nn. 43-48). Tal falta de serenidad y mesura, por no decir carencia de entendimiento, le enoja y exacerba sobremanera.

A los dos sabios de peso que adujo contra el Arte luliana en la carta anterior, añade ahora, acomodándose al método de los capuchinos, los testimonios, cuidadosa y exactamente transcritos y citados, de otros ocho autores, de valor desigual, es cierto, pero todos ellos célebres y desapasionados: el jesuíta Juan de Mariana, el franciscano Wading, el canónigo regular Amort, don Nicolás Antonio, Diego Saavedra Fajardo, el marqués de Saint-Aubin (Gilbert-Charles Le Gendre) —“que no por ser marqués, deja de ser uno de los hombres más eruditos de este siglo”—, “nuestro famoso crítico Don Juan Mabillon” y el gran

24 Con razón se queja Feijoo (n.º 10) de que los apologistas no nombren nunca a Bacon sin darle el execrable epíteto de hereje. Bastaba decirlo una sola vez, y aún sobraba, puesto que para la presente cuestión nada importa su herejía.

Ludovico Antonio Muratori (núms. 19-37).²⁵ Tales son sus fiadores. ¿Qué pinta al lado de estos claros y sensatos varones la muchedumbre de hombres, en su inmensa mayoría oscuros y apasionados, citados, con razón o sin ella, por los apologistas capuchinos?

Hay más todavía. Aun dando por supuesto que los doscientos nombres contenidos en su colección fueran todos legítimos y respetables, son muchos más “con grande exceso y no menos autorizados” los que están contra el Arte. Porque, en realidad —y éste es un nuevo argumento al que atribuye Feijoo gran importancia—, “se puede declarar que el cuerpo de la religión de San Francisco está tácitamente contra ella” (n.º 64). La orden franciscana, en efecto, que considera a Ramón Lull como hijo suyo, si viera en el Arte por él inventada la utilidad y excelencia que le atribuyen sus panegiristas, introduciría su estudio en las innumerables escuelas que posee. Si creyera esta especie de lógica superior o, al menos, tan buena como la de Aristóteles, “la razón, la equidad y aun la religión” la inclinarían a preferir la obra de un hijo suyo, “ilustre por su santidad y martirio, a la de un filósofo gentil” (n.º 65).

Concluído el examen del argumento *ab auctoritate* —ya que los apologistas capuchinos “sólo usaron de la autoridad y en ninguna manera del raciocinio”—, quiere Feijoo, “por vía de supererogación, argüir algo *a racione*” (n.º 69). Y aduce aquí un nuevo argumento, que juzga eficacísimo y es independiente de si se conoce bien o no el Arte luliana. Este argumento no es otro que el hecho patente de “lo poco que ha servido a los que lo han estudiado” (n.º 71). Porque, “¿no nos dirán los

25 Para el antilulismo de casi todos estos personajes, puede verse CARRERAS Y ARTAU, *Historia...*, t. 2, Índice alfabético, s. v. Mas, por lo que se refiere a Mabillon, se equivocan los autores al afirmar que el ilustre maurino aconsejaba a los monjes abstenerse de las lucubraciones del Arte por reputarlas “peligrosas para la vida contemplativa y ascética” (p. 303). He aquí el texto original de Mabillon, que Feijoo traduce a la letra: “A plus forte raison faut-il excepter la chimie, la pierre philosophale, l'art de Raimond Lulle, qui ne sert de rien [soy yo quien subraya], l'astrologie judiciaire, la chiromantie et les autres espèces de divination, qui sont des restes du paganisme” (*Traité des études monastiques*, París, 1691, p. 314). Esta sentencia terminante, pronunciada por un monje que gozaba de inmensa fama de sabio, prudente y santo, no podía menos de impresionar profundamente a Feijoo, sobre todo atendiendo al contexto. No cabe duda de que Mabillon, como, a lo que creo, el propio Feijoo, fue víctima de los falseadores de la doctrina de Ramón Lull.

reverendísimos apologistas qué milagros hicieron estos lulistas de primera clase? ¿Qué adelantamiento en las ciencias y artes? ¿Qué nuevos inventos?“ (n.º 75).

Los mismos apologistas —claro es que sin advertirlo— le ofrecen otra arma que esgrimir contra ellos. Feijoo había afirmado que las doctrinas lulianas sólo se enseñaban en la universidad de Mallorca, y sus adversarios le corrigen diciendo que también se enseñaron en las universidades de París, Valencia y Barcelona (n.º 83). Luego —concluye el benedictino—, si se suprimieron estas cátedras, es evidente que los resultados de tal enseñanza no correspondieron a las esperanzas que en ella se había puesto (n.º 84).

Contra los conatos de los capuchinos por conducir la polémica hacia cauces menos arduos, reacciona Feijoo precisando que “la disputa es únicamente si el Arte de Lulio es útil o inútil“ (n.º 6). Y en otro lugar declara formalmente: “Esto es lo que siento del Arte de Lulio, dentro de la cual contengo y he contenido siempre mi censura. Déxole y siempre he dexado a salvo a Lulio su santidad, su martyrio y su culto“ (n.º 77).

En resumen, la impericia de los apologistas —por otra parte, cargados de buena voluntad—, sus exageraciones, sus intentos de hacerle decir lo que no dice a fin de desviar la polémica, “las alabanzas excesivas y verdaderamente intolerables que algunos de los autores alegados dan a Lulio“ (n.º 41) y que los apologistas toman a la letra, todo su escrito contribuyó grandemente a confirmar al crítico benedictino en la idea, que había leído en los libros y que ahora la propia experiencia le inculcaba, de que un lulista de primera clase es un “apasionado de primera clase“ (n.º 38).

A este formidable escrito del P. Feijoo —el más largo e importante de los cuatro que publicó a lo largo de la polémica— respondieron los seguidores del sistema luliano con tres obras de volumen y valor muy diferentes. Eran sus autores los franciscanos Bartolomé Fornés y Francisco de Soto y Marne, y el cisterciense y profesor de teología lulista de la universidad de Mallorca, Antonio Raimundo Pasqual.

El *Liber apologeticus*, de Fornés,²⁶ redactado en latín y en estilo

26 *Liber apologeticus Artis Magnae B. Raymundi Lulli, doctoris illuminati et martyris, scriptus intus et foris ad iustam et plenariam defensionem fama sanctitatis et doctrine eiusdem ab iniuriosa calumnia ipsi inique, opinative et qualitercumque illata*, Salamanca, 1746. Cf. ROGENT-DURAN, o. c., n.º 336. Para el autor y

escolástico, tuvo poca difusión.²⁷ Superado tres años más tarde por la obra de Pasqual, no parece que ejerciera ninguna influencia ni en los escritos ni en la mente de Feijoo. Podemos, pues, prescindir de él en un estudio que no se propone trazar la historia de la controversia.

Muy diferente es el caso de las *Reflexiones crítico-apologéticas*, del P. Soto y Marne.²⁸ Pero hay que añadir en seguida que esta obra no tuvo otro resultado que el de desacreditar aún más ante el erudito benedictino a los ya tan maltrechos lulistas. Es verdad que el cronista franciscano no trata únicamente de Ramón Lull y sus doctrinas, sino de otras muchas cosas, entre las cuales hallamos la defensa del supuesto y anual milagro de las famosas florecitas blancas de San Luis del Monte, que Feijoo había demostrado muy bien que no eran otra cosa

su obra, cf. CARRERAS Y ARTAU, *Historia...*, t. 2, p. 358-362, 372 y 377-378. Noto que el *Liber apologeticus* (p. 77 ss.) defiende que Ramón Lull conocía el arte de trocar los metales en oro, la piedra filosofal y la medicina general, cosa que ciertamente no podía hacerle recomendable al benedictino. A. R. PASQUAL (*Examen de la crisis...* [cf. *infra*], t. 1, prólogo, sin paginar), amigo y compañero de estudios de B. Fornés en Maguncia, califica a éste de "cumplido y exacto", pero más parecen estas palabras un cumplimento que una calificación sentida. De hecho Pasqual, al conocer el libro de Fornés, reanudó la composición del suyo propio, que había interrumpido al enterarse de que el franciscano estaba escribiendo contra Feijoo prueba evidente de que no le satisfizo su obra.

27 El propio fray Bartolomé Fornés vertió su obra al castellano con intención de publicarla también en esta lengua y alcanzar así un número de lectores mucho mayor. Pero la impresión proyectada y para la cual se habían dado y las necesarias licencias, no llegó a realizarse, tal vez porque entretanto apareció la obra de Pasqual. La Biblioteca Provincial de Palma de Mallorca conserva el original de la traducción (ms. 238).

28. *Reflexiones crítico-apologéticas sobre las obras del R. R. P. Maestro Fr. Benito Gerónimo Feijoo en defensa de las milagrosas flores de San Luis del Monte, de la constante pureza de je, admirable sabiduría i utilissima doctrina de el iluminado doctor y esclarecido mátyr el B. Raymundo Lulio...*, t. 2, Salamanca, 1749. El autor emprende la defensa de Ramón Lull en la *Reflexión II* de este segundo tomo de su grande y desgraciada obra de controversia. Cf. ROGENT-DURAN, *o.c.*, n.º 345. El tomo I fue publicado asimismo en Salamanca el año anterior, 1748. Cf. C. PELAZ FRANCIA, *o.c.*, p. 103-104.

El P. Soto y Marne, persona de las más calificadas dentro de su orden a juzgar por los títulos que ostenta, era literariamente conocido por un disparatado *Flo-rilegio sacro*, colección de sermones llenos de ideas peregrinas y redactados en el más insufrible estilo culterano.

que huevecillos de insectos.²⁹ Pero se presenta como paladín luliano y, en un estilo que quiere ser sublime y cae en ridículo y extravagante, pretende demostrar “la prodigiosa sabiduría y constante pureza de fee de el iluminado y esclarecido mártir el B. Raymundo Lulio, disipando a fogosas radiaciones de la verdad las densas nubes que, compactadas a vaporosas preocupaciones de el engaño, vaguean sostenidas de el más injustificable empeño” (p. 4). Ahora bien, en empresa tan sublime no duda el autor franciscano en valerse de armas tan innobles como son el dicterio y la calumnia, tachando de plagiarario al benedictino, aseverando que cuanto éste ha escrito son “impertinencias, fruslerías, errores y contradicciones”, y mezclando con estas graves inculpaciones los más desafortunados elogios, lo que deja al lector aturcido.³⁰ Y para colmo de desaciertos, tiene la infelicísima idea de dedicar su obra al propio Feijoo, el cual, sin poderse contener ante “los hediondos humos de groseras calumnias, de viles dicterios, de atroces injurias, de testimonios falsos, de imposturas enormes” que tan atolondradamente le ofrece el franciscano, contesta con un vigoroso y admirable escrito polémico, la *Justa repulsa de iniquas acusaciones*,³¹ donde campean su estilo magnífico por su naturalidad y

29 Mucho se ha hablado de esta polémica. Una idea de ella puede verse en MARAÑÓN, *o.c.*, p. 74-75.

30 Vicente DE LAFUENTE, en sus *Preliminares a las Obras escogidas del padre fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro*, Madrid (*Biblioteca de autores españoles*, 56), 1863, p. xxxi, escribe: “En el padre Soto Marne no veo más que un fraile rencoroso y vengativo por ver rebajados algunos sujetos y objetos que su orden creía respetables y como la ira es mal consejero, amontona contra Feijoo dislates sobre dislates”. Desde luego este juicio es mucho más certero que ciertas reivindicaciones verdaderamente incomprensibles que a veces se leen en ciertos libros modernos.

31 Madrid, 1749. Hay una segunda impresión del mismo año, de la que me sirvo aquí. Cf. ROGENT-DURAN, *o.c.*, números 346 y 347. M. MENÉNDEZ PELAYO (*Historia de los heterodoxos...*, t. 3, p. 67, nota) califica de “altanera” esta indignada respuesta al P. Soto y Marne, y añade que es “lo más insolente” que ha leído en castellano, fuera de los *Opúsculos* de Puigblanch. A mí me parece muy exagerado este juicio, al paso que creo más justa la apreciación de MILLARES CARLO (*o.s.*, p. 39) al hablar, refiriéndose a la réplica de Feijoo, de “briosa defensa, reboante de indignación y amargura, que no sorprende en un anciano de setenta y tres años, débil en lo físico, pero pletórico de entereza moral”. Por su parte los profesores CARRERAS Y ARTAU califican este escrito feijooniano de “opúsculo de circunstancias literariamente estimable, aunque doctrinalmente de ningún valor”. Claro

sencilla flexibilidad,³² su acostumbrada claridad de ideas, su fina causticidad, su gracia en la réplica, pero que, por lo que hace a nuestro asunto, no contiene más que la ratificación de su primer juicio sobre el Arte luliano.³³

Cansado, sin duda, de tanto argumentar estúpido y desmañado, halló, por fin, Feijoo en el P. Antonio Raimundo Pasqual un digno y noble adversario. El cisterciense mallorquín era un lulista no exento de pasión, pero al mismo tiempo un hombre inteligente y tal vez el mejor conocedor del sistema luliano.³⁴ Pasqual iba a levantar el nivel de la polémica y explicaría al benedictino, que nada tenía de enemigo irreductible, lo que era en realidad de verdad la tan discutida Arte de Ramón Llull.³⁵ Su *Examen de la crisis de el Rmo. Padre Maestro Don Benito Feijoo, monge benedictino, sobre el Arte luliano*,³⁶ obra bien planeada y escrita con orden y claridad, constituye, irremediablemente, “la pieza más interesante y positiva de la polémica”,³⁷ desde el punto de vista del progreso de los estudios lulianos.

que es “doctrinalmente de ningún valor”, puesto que no se ocupa de doctrina, limitándose su autor en confirmar sus posiciones, rebatir las calumnias del P. Soto y Marne y, por añadidura, criticarle su estilo.

32 El P. E. FLÓREZ (*Cartas eruditas*, et. 2, aprobación) reputaba el estilo de Feijoo de imposible emulación. MARAÑÓN (*o.c.*, p. 87) considera al benedictino como “el creador en castellano del lenguaje científico”. Hoy día es general la admiración por el estilo, tan sorprendentemente moderno, del P. Feijoo.

33 *Iusta repulsa...*, p. 8-10.

34 Sobre Pasqual, véanse las páginas que le dedican CARRERAS Y ARTAU, *Historia...*, t. 2, p. 364-368 y 374-376, y asimismo E.-W. PLATZECK, *Al margen del lulista P. Antonio Raimundo Pasqual, O. Cist.*, en *Analecta sacra Tarraconensia*, t. 14 1942, p. 183-197. S. BOVÉ (*o. c.*, p. 211) no hace más que expresar la opinión general al calificarle de “discípulo de nuestro Beato, el más notable y el más profundo de la Escuela”. Esto no implica, sin embargo, que no se contagiara, en Maguncia, de algunas doctrinas equivocadas del fanático lulista alemán I. Salzinger y, en particular, de su excesiva pasión por todo lo que él consideraba luliano, lo fuera o no lo fuera de hecho. Incluso los profesores CARRERAS Y ARTAU (*Historia...*, t. 2, p. 366) apuntan que, a lo que parece, “el buen cisterciense acabó por caer en su vejez en una verdadera luliomanía”.

35 No quiero decir con esto que esta idea del Arte Luliana sea completamente exacta; pero sí era suficiente para corregir y completar la parcial y desenfocada que el benedictino había leído en sus fuentes de información.

36 2 vols. Madrid, 1749 y 1750. Cf. ROGENT-DURAN, *o. c.*, núms. 344 y 350.

37 CARRERAS Y ARTAU, *Historia...*, t. 2, p. 376. En las páginas 374-376 de esta obra se hallará un análisis del *Examen de la crisis...*, de Pasqual.

Ya el primer volumen de Pasqual impresionó agradablemente a Feijoo, pese a que esté dicho tomo en gran parte dedicado a rebatir sus propios argumentos. En su contrarréplica, *Respuesta al Rmo. P. M. Fr. Raymundo Pasqual en asunto de la doctrina de Raymundo Lulio*,³⁸ que publicó el benedictino al año siguiente, se complace en reconocer que el cisterciense “se expresa con claridad y despejo” y que “tiene pluma para manejarla tan bien como el que mejor”; pero, claro, “si tomara otra mejor causa entre manos”; porque, “en defensa de Lulio, ¿qué puede hacer el hombre de más habilidad?” (n.º 1). Basta esta frase para cerciorarnos de que la argumentación de Pasqual no le había convencido. Y en efecto, con razones no desprovistas de peso, sigue sosteniendo aquí que es perfectamente lícito formar prudente juicio de la utilidad o inutilidad del Arte sin necesidad de leerla (n.º 3 y 42); vuelve a ponderar la fuerza probativa de los autores que ha citado (n.º 4); sopesa con cuidado el testimonio, que juzga de gran importancia, del cronista Wading (núms. 5-13); etc. En medio de su argumentación leemos esta frase penetrante: “No ignora él (Pasqual) la general desestimación que padecen los autores lulistas en todas partes, a excepción de Mallorca; y esto es lo que mata a los mallorquines” (n.º 17). Recapitula luego (n.º 19-30) gran parte de lo que expuso extensamente en la carta anterior (números 38-64) y contesta a algunos puntos particulares del libro del cisterciense. Dos veces resume sus principales argumentos contra el Arte luliana (números 42-44 y 65-68), los cuales, a lo que dice, le evitan la pérdida de tiempo que representaría el estudio directo de las obras de Llull. Recordémoslos aquí. El primero es el testimonio de “diez sabios muy conocidos en el orbe literario” que niegan la utilidad del Arte; el segundo los proporciona el hecho de que la orden franciscana no admite el Arte en sus escuelas, lo que al menos significa que no la considera inspirada; tres universidades —y éste es el tercer argumento—, después de enseñarla algún tiempo, la han rechazado; el cuarto y más importante argumento —“se pone en el supremo grado de urgentísimo”— es el poco fruto que vemos que ha dado el Arte en aquellos que lo han estudiado, a pesar de la tan

38 *Cartas eruditas*, t. 3, Madrid, 1750, carta 26. Cf. ROGENT-DURAN, o. c., n.º 349. CARRERAS Y ARTAU, (*Historia...*, t. 2, p. 373) opinan que esta respuesta es “bastante comedida en la forma y, desde luego, la más seria de todas las impugnaciones escritas por Feijoo a la doctrina de Llull”.

decantada facilidad y brevedad que los lulistas le atribuyen, no habiendo ninguno de éstos que pueda compararse con los más aventajados en cada una de las ciencias.

Las precedentes razones bastan y sobran a Feijoo para saber a que atenerse. Pero en adelante ya no le podrán acusar de desconocer personalmente el Arte luliana. "Sin haber hecho diligencia alguna" para lograrla, la tiene en su biblioteca. Hace ya tres años que "de su propio motivo" un monje catalán del monasterio de Montserrat le envió "el Arte y algo más que el Arte" (n.º 70).³⁹ En efecto, el libro en cuestión no era otro que el primer volumen de *Opera parva*, de Llull, editado en Palma de Mallorca el año 1744, que contiene, además del *Ars brevis*, el *Liber correlativorum*, el *Tractatus de venatione medii inter subiectum et praedicatum* y otros tratados de esta índole.⁴⁰ ¡Introducción bien poco amena a la maravillosa obra del beato Ramón Llull! Además, penetrar en los secretos del Arte luliana no es cosa fácil ni placentera.⁴¹ No podemos extrañar que a Feijoo no le entusiasmara la lectura de este pequeño volumen. El latín de Ramón Llull le pareció desigual y bárbaro; sus definiciones, "tautológicas o, por lo menos, pueriles; y la doctrina sobre Dios, el ángel, el cielo, el hombre, etc., tan peregrinas, que no valía la pena de tomarlas en serio, como lo ejempli-

39 J. CARRERAS Y ARTAU (*El lullisme*, en RAMON LLULL, *Obres essencials*, Barcelona, 1957, p. 82) escribe que la intervención del P. Pasqual "obligà Feijoo a un estudi directe dels escrits de Ramon Llull". Pero el mismo FEIJOO (n.º 70) afirma expresamente —y no hay porqué no prestarle crédito— que, si conoce finalmente el Arte, no es "porque la lectura de su libro [=el tomo I de Pasquall] me haya movido a ello".

40 Cf. ROGENT-DURAN, *o. c.*, n.º 325.

41 S. BOVÉ (*o. c.*, p. 572) reproduce las que califica de "confesiones notabilísimas" del obispo lulista Juan Maura Gelabert, en las que leemos lo que sigue: "Tantas veces había oído repetir que el *Arte Magna* era ininteligible, que llegué a creerlo de buena fe; y, habiendo comenzado allá en mis mocedades a leerla con esta prevención, me confirmé más y más en ella. Aquellas figuras geométricas, aquellos signos alfabéticos, aquellas sutiles combinaciones acompañadas de extraño y duro tecnicismo; todo esto, que constituye a un mismo tiempo el armazón y la clave del *Arte Magna*, confunde y desalienta al novel filósofo todavía no avezado a las sutilezas metafísicas". Ciertamente que Feijoo distaba mucho de ser por entonces un "novel filósofo"; pero, aunque no lo diga Maura, también los filósofos veteranos, máxime del tipo del benedictino, se sienten de buenas a primeras extraños a la técnica del Arte.

ficó con aquella teoría de la animación de los cielos, que le parecía inverosímil fuera divulgada en pleno siglo XVIII".⁴²

En 23 de junio de aquel mismo año 1750 Fernando VI había dado una real orden, singular en la historia literaria, prohibiendo que se imprimiera nada contra el célebre benedictino, ya que "ha merecido a su majestad tan noble declaración de lo que le agradan sus escritos".⁴³ Mas esto no impidió la publicación del segundo tomo del *Examen*, del P. Pasqual, en el que se daba, por fin, una "muy segura" exposición del sistema del Arte luliana⁴⁴ y otras disertaciones útiles para su comprensión y justo aquilatamiento.

Asimismo en 1750 Pasqual estuvo en Madrid, tal vez a fin de lograr, entre otras cosas de interés luliano, el permiso para publicar este volumen. Corre por los libros que Pasqual y Feijoo trabaron, en Madrid buena amistad.⁴⁵ Se dice también que al leer las obras del cisterciense —sería este segundo tomo del *Examen*—, exclamó el crítico benedictino "Si esto es el lulismo, yo soy lulista".⁴⁶ No me ha sido posible verificar ni una cosa ni otra. Pero aunque estas anécdotas no fueran ciertas, me parece significativo que corran semejantes rumores, los cuales suponen la ciencia luliana de Pasqual y las buenas disposiciones de Feijoo para con el verdadero lulismo. Lo seguro es que el polígrafo gallego no publicó nada más sobre el asunto, sea a causa de su reciente amistad con éste, sea por lo que fuere. La última palabra correspondió al cisterciense, lo que puede interpretarse como un brillante triunfo.

*
**

A lo que dice un buen conocedor de la obra feijooniana y, para mí, perspicaz intérprete del gran benedictino, Feijoo "se derramó

42. CARRERAS Y ARTAU, *Historia...*, t. 2, p. 374.

43. Acerca de esta real orden pueden verse las opiniones encontradas de MARAÑÓN, *o. c.*, p. 21 y 266-267, y J. DE ENTRAMBASAGUAS, en el *Prólogo* a P. JERONIMO FEIJOO (*Antología*), t. 1, Madrid (*Breviario del pensamiento español*, 1942, p. 16—17.

44. CARRERAS Y ARTAU, *Historia*, t. 2, p. 325.

45. J. M. BOVER, *Biblioteca de escritores baleares*, t. 2, Palma de Mallorca, 1868, p. 58; CARRERAS Y ARTAU, *Historia...*, t. 1, pág. 373.

46. S. BOVÉ, *o. c.*, p. 212.

en sus páginas con un candor singular";⁴⁷ y el propio Feijoo nos asegura: "Lo que en gran parte ha conciliado crédito a mis obras y aún puedo decir que a mi persona, no es el artificio [como afirmaba el P. Soto Marne], antes lo contrario de el artificio, esto es, la naturalidad, la franqueza, la abertura de ánimo, la sinceridad, el candor".⁴⁸ Todas estas virtudes, tan monásticas, brillan, a mi entender, en la controversia que nos ha ocupado.

Procedió Feijoo en esta contienda con sinceridad perfecta. Negó la eficacia del Arte luliana porque creyó que debía hacerlo. Y la atacó con argumentos que le parecían convincentes y que en realidad pesan más de lo que suele decirse. Porque de hecho, aunque él creyera que impugnaba la verdadera Arte de Ramón Lull, lo que ante todo combatía eran las deformaciones del Arte, las exageraciones que habían divulgado acerca de ella lulistas fanáticos e ignorantes. En negar la utilidad del Arte, sobre todo para aprender todas las ciencias, y sólo en esto, consiste de hecho el antilulismo del erudito benedictino. Si manifiesta a veces despegue excesivo respecto a Ramón Lull e incluso alcanzan las salpicaduras de su censura el conjunto de la doctrina del Beato, esto es debido al ardor de la lucha y a la inepticia de sus contradictores que atacaban cosas que él nunca había afirmado y no supieron enseñarle a amar a Ramón Lull, ni cuál era la verdadera naturaleza del Arte Magno, ni la belleza de sus concepciones, Menéndez Pelayo, pese a todo el rencor que sentía por el benedictino gallego, no podía menos de admirar su "bizarría y agudeza" de entendimiento,⁴⁹ cosa que, por lo demás, descubre al punto cualquiera que se asome a sus obras. Ahora bien, a los hombres inteligentes, que de veras buscan la verdad, hay que convencerlos con razones; pretender deslumbrarlos con fuegos artificiales es trabajo perdido y, en fin de cuentas, contraproducente.

Demasiado cuesta al historiador averiguar lo que de hecho aconteció para que pierda el tiempo en divagar acerca de lo que, en otras circunstancias, hubiera sucedido. Mas, sin perderme en conjeturas, no puedo menos de expresar aquí, a guisa de colofón, una impresión persistente que me ha producido la lectura de las piezas de este deba-

47. MARAÑÓN, *o. c.*, p. 70.

48. *Justa repulsa...*, p. 36.

49. *Historia de los heterodoxos...*, t. 3, p. 77.

te en torno al lulismo. Y es ésta. Si inmediatamente después de la aparición de la primera carta feijooniana contra el Arte del B. Ramón Lull hubiera publicado el P. Pasqual, no el primero, sino el segundo tomo de su *Examen*, es decir, si hubiera explicado a Feijoo lo que era en verdad aquello que atacaba sin conocerlo bastante,⁵⁰ yo no puedo asegurar que el polígrafo benedictino se hubiera convertido en ferviente lulista y aceptado el Arte con todos sus pormenores; sí creo que las cosas hubieran tomado un rumbo enteramente distinto. Pero, como de ordinario sucede, el varón sabio y sesudo redactó y pulió lentamente su respuesta en el silencio y la meditación antes de lanzarla al público; y se apresuraron a salir a la palestra los entusiastas ineptos, no armados de sólidas razones, sino con solo sus fuegos de artificio de autoridades mal traídas, de insufribles hipérboles, de retórica vacía, cuando no echan mano de la páfida insinuación o de la injuria descarada. Todo esto puede deslumbrar al vulgo, pero sólo sirvió para repeler al inteligente adversario.⁵¹ Y de este modo el P. Benito Jerónimo Feijoo, “la máxima figura española del siglo XVIII por su erudición y su espíritu crítico”,⁵² ha pasado a la historia cual

50. Es verdad que el P. PASQUAL (*Examen...*, t. 1, prólogo, sin paginar) asegura que a raíz de la publicación de la primera carta feijooniana, contra el Arte de Lull, en 1742, escribió al benedictino, el cual no le contestó; pero no sabemos qué contenía esta carta del cisterciense. Seguramente no daría una explicación del Arte; al menos Pasqual no lo dice.

51. Dejo al prudente lector que juzgue de la exactitud de la frase de Menéndez Pelayo citada al principio de este estudio: «recia y sesudamente le impugnaron [a Feijoo] los padres Tronchón y Torreblanca, Pascual y Fornés», en la que cabe, indudablemente, por lo menos un gran distingo. Y lo mismo debe decirse, con mucha más razón, del infeliz aserto de AVINYÓ (*o. c.*, p. 641): «l'omniscient P. Feyjoo, combatut lleal i gloriosament pels PP. Pascual, Fornés, Tronchón y Torreblanca», que, como se ve, no es más que un desmañado plagio de las precedentes líneas de Menéndez Pelayo. Los profesores CARRERAS Y ARTAU (*Historia...*, t. 2, p. 373), luego de tachar de superficial al P. Feijoo, añaden: «Cierto que no rayaban a mucha altura algunos de sus contradictores», lo que es ciertamente hacer a éstos mucho favor. Tampoco me parece justo atribuir al monje gallego, como hacen los mismos autores (p. 374), la culpa de que toda la polémica se deslizará «en una fastidiosa revista de autoridades en pro y en contra» —lo que tampoco es del todo cierto, como hemos visto—, pues el propio Feijoo —también queda dicho— se quejaba de que los apologistas capuchinos sólo hubieran aducido argumentos *ab auctoritate* y ninguno *a ratióne*.

52. A. MUÑOZ ALONSO, *Feijoo y Montenegro, Benito Jerónimo*, en *Enci-*

furibundo enemigo del B. Ramón Llull, y sus obras, que alcanzaron suma copiosísima de lectores,⁵³ contribuyeron más que cualquier otra causa, en el siglo XVIII, a desacreditar el lulismo.⁵⁴

GARCÍA M. COLOMBÀS LLULL, m. b.

clopedia filosofía editada por el Centro di Studi Filosofici di Gallarate, t. 2, col. 304. Cf. M. MENÉNDEZ PELAYO, *La ciencia española*, t. 1, Madrid, 1876, p. 208: «Feijoo es el hombre a quien más debió la cultura española en el siglo XVIII».

53. El propio FEIJOO (*Teatro crítico*, t. 6, prólogo) dice que de los tomos V y VI de su *Teatro* se tiraron 3.000 ejemplares. Basándose en diversos datos V. DE LAFUENTE (*o. c.*, p. XXVI-XXVII) calcula que hasta aquella fecha se habían impreso 420.000 volúmenes de las obras feijoonianas. Como hemos visto, los ataques del monje gallego al Arte se hallan en los tres primeros tomos de las *Cartas eruditas* y en la *Justa repulsa*. C. PELAZ FRANCIA (*o. c.*) describe o, al menos, conoce diez ediciones del tomo I hechas entre 1742 y 1787 (p. 95—97), once del tomo II aparecidas en los años 1745—1787 (p. 98—101), diez del tomo III entre los años 1750 y 1787 (p. 107—109) y nueve de la *Justa repulsa* entre 1749 y 1786 (p. 105—107). Recientemente, J. DE ENTRAMBASAGUAS (*o. c.*, t. 1, p. 56—57) ha creído todavía interesante incluir en su antología feijooniana una página de la carta 22 del tomo I, que titula: *Raimundo Lulio y su «Lógica»*.

54. MENÉNDEZ PELAYO (*Historia de los heterodoxos...*, t. 1, p. 513) escribe, refiriéndose al lulismo, acaso no sin cierta exageración: «como el siglo pasado [=s. XVIII] gustaba más de decidir que de examinar, dio la razón a Feijoo, y por lo que toca a España, sus escritos se convirtieron en oráculo». S. BOVÉ (*o. c.*, p. 173 y 175) descubre la influencia de la crítica de Feijoo incluso en las páginas que Torres y Bages dedica a Llull en la tradición catalana.